

Luis MORENO FERNÁNDEZ, *Europa sin Estados. Unión política en el (des)orden global*. Editorial: Los libros de la catarata.

La europeización implica la integración de los Estados nacionales de Europa en favor de una unión política continental por medio del Modelo Social Europeo (MSE), un proyecto articulado en torno a la idea de solidaridad colectiva y equidad social cimentado sobre los Estados de Bienestar. Implica la difusión de ideas y valores compartidos, procesos de armonización estructural y económica y la construcción de un sistema institucional supraestatal, en países que comparten una herencia común y que asumen valores democráticos de igualdad y derechos humanos. Sin embargo, el concepto goza de poca precisión normativa y pone de manifiesto los recelos de los Estados-nación que la integran al respecto de la pérdida de soberanía, espacios de poder y control interno. Así, distintos tipos de nacionalismo comparten la aversión al desarrollo de una Europa unida por instituciones supranacionales. La incertidumbre de la europeización ha sido aprovechada por los populismos para reclamar soluciones alternativas, rechazando la solidaridad europea, fundamento de su modelo socioeconómico.

La europeización es un proceso multinivel y debe integrar los espacios supraestatal, estatal y subestatal. Una Europa multinacional, multicultural, multilingüe y policéntrica requiere de una organización interna de cooperación y no de jerarquía, de filosofía federalista, articulada en instituciones como la Comisión, el Parlamento, el Tribunal de Justicia o el Banco Central Europeos. La crisis financiera de 2007, mani-

festada en la crisis del euro y la crisis política y de representación, pone en cuestión la capacidad de la UE para actuar coordinadamente, a la vez que representa una oportunidad para la puesta en marcha de reformas y avanzar en la consolidación de la unión política y económica. De esta manera, las opciones para la construcción política de la UE pasan por el federalismo, el funcionalismo supraestatal, el intergubernamentalismo o el federalismo intergubernamental, que se propone como la combinación de las alternativas anteriores, mediante la acción de gobiernos estatales en el marco de una federación europea.

En este sentido, el autor se pregunta ¿es posible, probable y deseable una Europa Unida? ¿Puede mantenerse el MSE tras la crisis del 2007? ¿Es inevitable la europeización y el declive del Estado-nación? Cuestiones a las que da respuesta a lo largo de tres capítulos: un primer capítulo de carácter teórico y conceptual mediante una revisión de las implicaciones de los conceptos a tratar, como Estado, nacionalismo, federalismo y gobernanza multinivel; un segundo capítulo de trasfondo histórico europeo y los retos que esto supone para el proceso europeizador; y finalmente, las implicaciones del modelo europeo en el contexto mundial de (des)orden global tras la crisis del 2007 y, en consecuencia, sobre el futuro de Europa como Unión.

Así, el autor parte de la revisión del concepto de nación, articulado con frecuencia en torno a lo individual y lo social, que a menudo se entiende equívocamente como sinónimo de Estado, en cuanto han sido las naciones capaces de dotarse de tal estructura las que se han consolidado históricamente. Los procesos de construcción



nacional se han articulado en torno a la idea de una identidad nacional estatal común, en un espacio delimitado y bajo una autoridad central, que ha sido corroída por las fuerzas de la globalización. El proceso globalizador propone la superación de los viejos nacionalismos y su reto es precisar un cuerpo político capaz de integrar a los Estados-nación, regiones y entes locales en un sistema de gobernanza multinivel. El desarrollo del proceso europeizador se ve de esta manera condicionado por la idea de etnia, etnoterritorialidad y del nacionalismo —con y sin Estado—, que juega un papel fundamental en el establecimiento del alcance y características de la Unión y del papel de la soberanía de cada Estado-nación dentro de la misma.

El federalismo implica el establecimiento de un sistema político en el que diversos grupos territoriales se asocian y subordinan a un poder central para fines comunes, sin perder autonomía. En este sentido, se abre el debate de si la UE debería consolidarse como una federación «tradicional» formada por un gobierno común y entidades territoriales medias (Estados-nación). En relación con otros modelos consolidados de federalismo, las trayectorias históricas, la composición social y la diversidad cultural entre Estados Unidos y Europa dificultan la transposición del federalismo norteamericano a la situación europea, en la que el mantenimiento de la idiosincrasia y la diversidad cultural resulta fundamental.

Asimismo, la subsidiariedad territorial y la gobernanza multinivel constituyen los otros dos pilares fundamentales de la construcción de la Europa unida: la subsidiariedad implica que las decisiones se tomen trasnacionalmente sólo si los niveles estatal, regional y local no se encuentran en las condiciones de realizarlo, de tal forma que el ámbito de los procesos de toma de decisión pública sea siempre el más cercano al ciudadano, con el objetivo de limitar los poderes centrales en una organización tan compleja. En este sentido, aparecen los procesos de rendición de cuentas y de control democrático al posibilitar la participación ciudadana en la gestión de los asuntos del gobierno. Por otro lado, la gobernanza multinivel considera la europeización como un proceso generador de una unión política compartida entre territorios que integra actores y a los distintos

niveles de administración, legitimada por unos valores ciudadanos comunes, articulada tanto vertical como horizontalmente, resultando, en consecuencia, una herramienta muy útil para el análisis de los efectos del gobierno europeo en la configuración de los cambiantes Estados-nación y para el análisis de su interdependencia.

Desde una perspectiva histórica, Europa existe a pesar de las devastadoras guerras mundiales que ha sufrido, logrando, a partir de 1945, un nuevo periodo de paz y estabilidad hacia la convergencia y el establecimiento de un modelo socioeconómico propio apoyado en la ciudadanía social. La arquitectura institucional se presenta como el gran reto para asegurar la viabilidad del futuro político europeo fundamentado en el Tratado de Lisboa y en la Unión Económica y Monetaria, formado por el conjunto de países que comparten un mismo mercado que permite la circulación de mercancías, servicios, personas y capitales y una misma moneda (euro), a la vez que se establece asimismo una Política Comercial (PCC) y una Política Agraria Común (PAC).

La crisis sociopolítica en la que actualmente nos vemos inmersos ha propiciado el avance de populismos euroescépticos y xenófobos que culpabilizan a las instituciones comunitarias de los efectos de la crisis y de su incapacidad para resolverlos, buscando devolver a los estados europeos su propia soberanía, alimentando las disputas entre el norte y el sur de Europa y difundiendo mensajes xenófobos contra la inmigración. Si bien se está produciendo un crecimiento electoral a favor de partidos que defienden estas posiciones, todavía no alcanzan a ejercer poder de veto en las instituciones. Sin embargo, condicionan enormemente las posturas y enfoques de los partidos mayoritarios y de las líneas de actuación nacionales y comunitarias. En este contexto, se hace necesaria la reflexión sobre el cambio y permanencia de los partidos políticos y de los nuevos movimientos sociales, que vienen a poner en juicio el modelo tradicional de actuación de la clase política, adoptando formas locales de reivindicación y renovación democrática ante la exposición de escándalos clientelares y redes de corrupción, así como de la influencia de los grupos de presión o de intereses, especialmente los de carácter financiero y de los sindicatos o federaciones profesionales en la convergencia europea.



La mundialización del sistema capitalista promovida por los agentes sociales, los grupos de interés y la presión de los mercados condiciona las posturas de alineación política, económica y social que se dejan sentir en la crisis del euro y del sector financiero europeo en general, en cuanto éste participa activamente del modelo capitalista neoliberal, teniendo que afrontar el aumento del desempleo, las políticas de austeridad y deflación para combatir la situación y el incremento generalizado de la pobreza, que como resultado han intensificado la fractura norte-sur entre los países de la UE y la quiebra del Estado del Bienestar. Ante modelos alternativos como el neoesclavismo—el control de las personas con el propósito de su explotación económica— y la remercantilización del individualismo posesivo, en el que a favor de la libertad se anula el enfoque social y cada individuo debe procurarse su propio bienestar, los Estados del Bienestar europeos deben generar valor añadido en el Modelo Social Europeo en torno a los valores de equidad social (igualdad), solidaridad colectiva (redistribución) y eficiencia productiva (optimización), a fin de propiciar la cohesión social y la optimización de los recursos sociales en las políticas públicas para la protección del ciudadano.

Dada la capacidad del neoliberalismo para imponer su lógica mercantilista, los Estados-nación se encuentran débiles para contrarrestar el poder de los mercados financieros y la acción institucional conjunta a nivel europeo se posiciona como la más capaz de hacer frente a la protección y estabilidad del euro, aunque condicionada por las distintas posiciones de poder de cada Estado-nación dentro de la UE (predominio del eje franco-alemán). Además, hay que tener en cuenta la posición que juegan los países de la UE no integrados en la eurozona, muchos de los cuales mantienen su propia moneda, como el caso de Reino Unido.

Como resultado de las urgencias en la resolución de la crisis del euro, en el marco de la crisis del sistema financiero occidental, se han incrementado los esfuerzos por avanzar en la unión política europea, planteándose cinco escenarios posibles en relación con la arquitectura institucional europea: 1) *volver al punto de partida*: la UE no debería avanzar, el modelo actual no es eficaz ni legítimo y el euro se ha convertido en un problema. 2) *consolidar los logros del pasado*: no introduciendo ambiciosas reformas sino consolidando el modelo establecido y fortaleciendo el euro. 3) *avanzar con ambición*: intensificar la coordinación y la integración mediante una revisión de los tratados comunitarios. 4) *dar un salto cualitativo*: enfatizar la europeidad, la subsidiariedad territorial y la rendición de cuentas y constituir un bloque internacional común de una sola voz; 5) *refundar la UE*: encontrar nuevas formas de implicar a la ciudadanía y optimizar el Modelo Social Europeo.

El vaticinio de la muerte de Europa ha sido una constante histórica y la actual crisis financiera supone numerosos retos de futuro en un mundo globalizado donde modelos socioeconómicos alternativos emergen con fuerza, mientras Europa lucha por la supervivencia del Estado-nación tradicional en obsolescencia y la institucionalización de los mismos en una unión continental de gobernanza multinivel, adaptada a las exigencias de mayor transparencia y apertura a la ciudadanía. En conclusión, siguiendo al autor, el futuro de Europa depende de su capacidad para promocionar su modelo socioeconómico y de ciudadanía ante la amenaza «fáustica» de vender su alma al neoliberalismo anglo-norteamericano y de la capacidad inhibidora de los nacionalismos estatalistas y sus visiones particulares frente la defensa del interés común europeo.

Rosángela LINO GONZÁLEZ

